
EL PROBLEMA DE LA CULTURA

o la cultura como problema

Mercedes Charles C.

INTRODUCCION

Uno de los problemas de las ciencias sociales que se ha caracterizado por encontrarse en estado de indefinición teórica y metodológica a lo largo del pensamiento social, es el fenómeno de la cultura. Edgar Morin nos dice: "cultura: falsa evidencia, palabra que parece una, estable, cerrada, cuando es realmente la palabra trampa, hueca, somnífera, doble, traidora"¹. Para Gilberto Giménez, "la cultura resiste enconadamente a ser construida como objeto teórico y prefiere seguir circulando con la imprecisión flotante de sus innumerables acepciones ideológicas"².

Muchas veces se habla de cultura como sinónimo de formación social, o bien, del arte o de la literatura cultivada, o se le confunde con desarrollo social o con los adelantos técnicos y científicos de una sociedad determinada. La ambigüedad y uso indiscriminado de la palabra cultura ha conducido a terribles confusiones así como a la necesidad de darle una definición más rigurosa en el caso de su estudio.

Esta necesidad de definición nos presenta una serie de problemas a los que hay que enfrentar al tratar

esta temática, entre los cuales tenemos la correspondencia de la cultura con las condiciones materiales en las que se encuentra, o sea, su determinación histórico-social así como su autonomía; su universalidad, así como su particularidad; su unidad, así como su diversidad. A lo largo de este trabajo, trataremos de esbozar algunas respuestas a estos problemas.

Para el logro de nuestros objetivos, creemos que es importante iniciar el trabajo con un esbozo histórico de la génesis del problema cultural de nuestro país para, posteriormente, tratar de encontrar una definición de cultura que pueda servir como marco de referencia para el entendimiento de la cultura nacional.

1.— UN POCO DE HISTORIA:

Para poder comprender el problema de la cultura nacional consideramos importante revisar un poco de la historia del país y sus implicaciones en el ámbito de la cultura.

El descubrimiento y conquista de América, la fiebre por la extracción de metales preciosos, las nuevas formas de explotación del hombre y de los recursos naturales, implicaron para los pueblos nativos la pérdida de prácticas culturales ancestrales y la adquisición y creación de nuevas formas, fruto de la nueva situación que imperaba en el país: la dominación y el saqueo. Así, "la plata levantó templos y palacios, monasterios y garitos, ofreció motivo a la tragedia y a la fiesta, derramó sangre y el vino, encendió la codicia y desató el despilfarro y la aventura. La espada y la cruz marchaban juntas en la conquista y el despojo colonial"³.

La instauración de un nuevo modo de producción ligó la economía del país al mercado mundial; la finalidad última de la metrópoli era la extracción de excedentes y la exportación desmesurada de materias primas, para lo cual, el hombre nativo quedó reducido a calidad

de animal de trabajo. La encomienda, la mita, la plantación y, posteriormente, la hacienda, reemplazaban a la comunidad agraria indígena; en su base, encontramos la sobreexplotación del trabajador indígena o del esclavo negro. Esto permitía la extracción de excedente y la acelerada acumulación de capital.

La autoridad tradicional desapareció o fue cooptada por la administración colonial. Virreyes y gobernadores eran de origen metropolitano y designados por la Corona; los cabildos, constituidos por la élite prehispánica, aunados a los caciques, sirvieron de intermediarios entre españoles e indígenas.

La conquista de América se justificó, en parte, por la incorporación de un número considerable de infieles a la fe cristiana; así, la conquista se convirtió en una guerra justa con la finalidad de introducir a los nativos a la verdadera religión. La conquista espiritual tuvo dos corrientes en su seno: la defensa del indio (Motolinía, Las Casas, Vasco de Quiroga, etc.) y la justificación de la explotación del indio, quien ni siquiera adquiría el derecho de ser llamado hombre (Ginés de Sepúlveda, entre otros).

Para llevar a cabo la conquista material y espiritual del indio, una premisa importante era el manejo de una lengua común para lo cual se siguieron dos caminos: traducir a la lengua indígena los conceptos fundamentales de la religión o bien, enseñar a los indígenas el español. Las escuelas se convirtieron en un instrumento occidentalizador de suma importancia; a través de ellas se pretendía que niños y jóvenes internalizaran nuevas formas de concebir el mundo, nuevas prácticas que, posteriormente, serían introducidas a las comunidades indígenas por los mismos alumnos.

A través de un nuevo sistema de dominación política, de nuevas prácticas de trabajo, la introducción de creencias y costumbres y la imposición de una lengua extraña, se realizó una ruptura completa del sistema de

vida indígena. En palabras de Fray Bernardino de Sahagún, "todo cesó con la venida de los españoles, y porque ellos derrocaron y echaron por tierra todas las costumbres y maneras de regir que tenían estos naturales, y quisieron reducirlos a la manera de vivir de España, así en las cosas divinas como en las humanas, teniendo entendido que eran idolátricas y bárbaras, perdióse todo el regimiento que tenían"⁴.

Este fenómeno de aculturación implicó la imposición de valores, creencias y conductas y modificó sustancialmente la relación del indígena con la naturaleza, consigo mismo y con los otros. La adquisición de nuevas pautas culturales se entremezcló con las propias, dando lugar a formas peculiares de producción simbólica que, en última instancia, correspondían al despojo de lo propio, a dejar de ser lo que habían sido y adquirir identidad en torno a lo que los otros querían que fuera.

La Colonia creó un sistema de población un tanto conflictivo; coexistían peninsulares, criollos, mestizos, indios y esclavos negros, con gran diversidad de mezclas entre ellos. El dios cristiano convivía y se entremezclaba con deidades indígenas y africanas; las prácticas y rituales paganos y cristianos se confundían. El idioma español coexistía con cientos de lenguas y dialectos indígenas; las modas y costumbres europeas estaban presentes al lado de vestimentas y costumbres ancestrales. La opulencia y la miseria convivían en forma cotidiana, así como los universos de significación de sus portadores.

Esta complejidad social y cultural se materializó en la simultaneidad de prácticas culturales disímbolas y, muchas veces, antagónicas. Los peninsulares tenían los ojos puestos en la metrópoli, a ella pertenecían; los criollos buscaban su identidad en un proceso de ruptura con la metrópoli, pero no tenían raíces indígenas que les permitieran identificarse con su suelo; el mestizo buscaba negar su pasado indígena e identificarse con lo

español; el indígena combinaba sus prácticas, se adaptaba y se rebelaba.

Centraremos ahora nuestra atención en el criollo por el papel preponderante que tuvo en nuestra historia. El criollo, consciente de su diferencia con el peninsular, se vio inmerso en una búsqueda permanente de su propia identidad. Ya no se siente europeo, aunque europeo sea su modelo, pero a la vez exalta el pasado indígena y la tierra americana. En su búsqueda incorporaron los dioses grecolatinos, los misterios y milagros cristianos, los mitos medioevales y el mundo prehispánico. Surgen leyendas, milagros, reliquias e imágenes que muestran la bondad del suelo americano y su igualdad con el viejo mundo. Con la irrupción del fenómeno guadalupano, el criollo encuentra parte de lo propio ya que implicó la ruptura con la metrópoli en cuestión de creencias, a la vez que se logró la exaltación del suelo americano⁵.

Los criollos intermedios, pequeños comerciantes, abogados, administradores, clero medio y baja oficialidad, estaban inconformes por la poca y limitada participación que tenían en la administración colonial, así como por su imposibilidad de ascenso social; consideraban al peninsular como un rival extranjero favorecido por la Corona.

Las luchas internas por el poder, las pugnas entre audiencia y cabildo, la superexplotación del indígena, aunados a la ineficiencia administrativa de la Corona, a la invasión napoleónica en la Península Ibérica y al sentimiento de autosuficiencia del sector criollo alimentado por las ideas de la Ilustración, condujeron a una serie de guerras en Latinoamérica cuyo desenlace fue la emancipación política de las colonias, la ruptura con la antigua metrópoli y la presencia económica de otras potencias.

Los países latinoamericanos surgen como naciones independientes; la unidad propuesta por Bolívar quedó

reducida a utopía. El caos y la anarquía se apoderó de América. Y el hombre americano continuó en la búsqueda de identidad. "La historia de este hombre sería la historia del hombre que se ha empeñado en ser de otra manera de lo que es. Ayer, semejante a las metrópolis ibéricas, después semejante a los grandes modelos modernos, a las grandes naciones modernas, Inglaterra, Francia, los Estados Unidos. Esto es, semejante al mundo occidental. Es el hombre que se duele y se ha dolido por estar fuera de la historia"⁶.

Esta crisis de identidad, aunada a una situación económica precaria y dependiente hacia nuevas metrópolis, llevó a la incorporación de modelos extranjeros y a su adecuación a las condiciones de la nación recién constituida. La Ilustración, el Liberalismo, el Positivismo, entre otros, eran modelos que, tomados de las grandes metrópolis, no sólo se manifestaron en el mundo de las ideas, sino que se tradujeron en políticas concretas que afectaron conductas y prácticas cotidianas prevalecientes en el siglo pasado.

En el siglo XX, Europa continúa como modelo cultural; la "cultura superior" europea es admirada por la *intelligensia* nacional, quien retoma modelos, corrientes y campos intelectuales de ese continente. Se valora y desvalora lo propio en un juego dialéctico; el modelo extranjero predomina en un proceso de negar lo que somos para formar parte de la *intelligensia* internacional.

Las culturas populares se encuentran en un periodo de transformación continua. Los movimientos migratorios hacia centros urbanos, el contacto con los medios masivos y la ilegitimidad social que existe hacia sus prácticas, han generado el rompimiento con modelos ancestrales y la creación de nuevas formas culturales.

Estados Unidos se internaliza como modelo de consumo, el "american way/dream of life" se nos muestra como ideal de la vida cotidiana. El bienestar y el consu-

mo se vuelven realidades en los sectores privilegiados y se convierten en una forma de sueño esquizoide en los sectores populares.

La crisis de identidad, iniciada con la conquista española, continúa como presencia y deberá de tomarse en cuenta en el análisis de nuestras prácticas culturales. Hasta ahora hemos centrado nuestro análisis en la cultura, es momento de empezar a definir el término.

2.— HACIA UNA DEFINICION DE LA CULTURA

Tomamos como punto de partida la consideración de que la cultura no existe en un vacío histórico, ni es fruto de la creación de unos cuantos hombres, ni puede ser estudiada solamente en el marco de la creación espiritual; la cultura forma parte y conforma la realidad social, siendo a la vez un elemento constitutivo y constituyente de la misma. Por esto, el estudio de la cultura deberá estar integrado al estudio de la sociedad, considerada ésta como una totalidad dinámica que se crea y se recrea a través de las diversas prácticas culturales.

La cultura es fruto de la práctica social, de la relación del hombre con el hombre y de los hombres con la naturaleza y con el cosmos. En esta relación entre los hombres se crean elementos que contienen significación y que proporcionan coherencia a la realidad en que viven. Si la cultura es fruto de las relaciones entre los hombres y a través de ella se manifiestan sensiblemente los contenidos esenciales de la sociedad, no podemos situarla a nivel plenamente superestructural, que podría sugerir una oposición entre la realidad y el pensamiento, entre las ideas y las prácticas. La cultura permea todas las prácticas, tanto simbólicas como materiales.

Esta relación entre cultura y sociedad brinda el carácter histórico concreto a la cultura; las sociedades se han constituido como tales a través de procesos, hechos y relaciones sociales realizadas en un tiempo

y lugar determinados; de aquí el carácter específico de la cultura, la cual existe en un proceso de transformación continua.

Este carácter sociohistórico de la cultura produce la diferenciación entre las diversas formaciones sociales; "la cultura, por tanto, es la diferencia. Son modos distintos de verse y de comprenderse colectivamente en el mundo y al mundo por oposición a otros"⁷. Así, cada formación social va a constituir su identidad; pero ésta va a ser fruto de una serie de relaciones, tanto al interior como al exterior, que van a determinar su propia configuración.

Las relaciones externas que se han llevado a cabo en la historia del país —primero la Conquista, luego la Colonia, posteriormente la definición del país como entidad dependiente— evidencian la influencia ejercida en su configuración y desarrollo, primero por la metrópoli española y, posteriormente, por las nuevas potencias.

Al interior de una formación social concreta se encuentran grupos de agentes sociales, determinados como tales por el papel que juegan en la gama de relaciones sociales (económicas, políticas e ideológico-culturales) que se dan en su interior. Esta división social no sólo se produce en el ámbito económico, en las relaciones de producción, sino que también se presenta en la producción de formas simbólicas propias, es decir, en su ideología y en su materialización en prácticas sociales, que conducen a la creación de estructuras de significación que dan sentido a la existencia.

La asimetría que suponen estas relaciones está presente en el ámbito de la cultura, tanto en la creación y apropiación de determinados productos culturales y el rechazo a otros, como en la reproducción social que se realiza a través de las diversas prácticas culturales que tienen los diversos grupos y clases sociales.

Estos grupos y clases no crean, ni pueden apro-

piarse de prácticas culturales iguales ya que éstas van a corresponder y recrear, de alguna manera, el lugar que ocupan dentro de la estructura social. Por esto, en una sociedad determinada coexisten creaciones y prácticas culturales que, por su adscripción a determinado grupo o clase social, van a tener características de contradicción y antagonismo. Es el conjunto de estas prácticas disímbolas lo que va a conformar las diferentes culturas nacionales. Así, para comprender una cultura determinada se deberá de entender las diversas prácticas culturales en su relación, no de forma aislada, ya que se encuentran interpenetradas.

Hasta aquí hemos hablado del carácter sociohistórico de la cultura y de su creación a través de la práctica social entre los hombres, quienes, para relacionarse entre ellos y con el mundo en general, crean estructuras de significación que proporcionan coherencia a sus vidas y a la posición que tienen en la gama de relaciones sociales. También mencionamos la coexistencia de diversas formas culturales y su carácter conflictivo, fruto de la división social existente.

Retomando lo anterior vamos a definir a la cultura como la cosmovisión, las actividades y las prácticas sociales a través de las cuales los hombres se relacionan con la naturaleza, consigo mismos, con los otros hombres y con el mundo en general con el objeto de dar coherencia a la realidad que los rodea y proporcionar significación a su existencia.

La cultura como visión del mundo puede ser considerada como un fenómeno de significación que lleva implícita la elección de categorías fundamentales y juicios de valor; cosmovisión que no tiene una existencia individual sino de grupo y que se internaliza en el individuo concreto. "La cultura clasifica, cataloga, denomina, nombra y ordena la realidad desde el punto de vista de un 'nosotros' relativamente homogéneo, de una identidad social determinada"⁸. Esta visión del mundo no

sólo se mueve en el plano de las ideas sino que se materializa en actitudes y conductas que conforman la vida cotidiana de las personas. De esta forma, la cultura se refiere a las estructuras de significación de grupos de individuos que, de un modo u otro, se encuentran vinculadas a su existencia material.

Las relaciones entre la cultura y las condiciones materiales no tienen una correspondencia precisa, ya que, por las contradicciones que suponen y las relaciones de poder que implican —no sólo al interior de una nación sino que también en la relación entre las diferentes naciones— se origina un proceso de imposición de prácticas materiales y simbólicas por parte de los países y grupos dominantes. “En el interior de las sociedades industriales occidentales, cada vez se sitúa (la violencia y la agresión internas) menos en el plano de la miseria (que sin embargo sigue existiendo para los grupos a los que el progreso técnico elimina o no incorpora) o en el terror y la violencia física (que sin embargo sigue empleándose en las relaciones con los países subdesarrollados siempre que es necesario o útil para mantener las relaciones de dominación), sino que se sitúa esencialmente en el plano de la violencia intelectual y la reducción de la actividad en el plano de la conciencia”⁹.

El sistema de dominación se interioriza en el individuo concreto en su proceso de socialización y en su contacto asiduo con diversas instituciones sociales: la familia, la escuela, la iglesia, el centro de trabajo, los medios de comunicación, etc. Ellas reproducen e inculcan dicho sistema de dominación proporcionándole legitimidad, lo que no implica que en el interior de dichas instituciones no se efectúen prácticas de resistencia.

La cultura, en una formación social determinada, implica tanto prácticas sociales como ideológicas y está determinada por relaciones de dominación —internas y

externas— que se legitiman a través de instituciones sociales. Al interior de una sociedad coexisten prácticas culturales diversas que no se presentan en estado puro, pero su entendimiento puede servirnos para una mejor comprensión de las diversas prácticas que constituyen una cultura determinada. A continuación vamos a presentar diversas formas culturales que, sin pretender ser exhaustivos, consideramos que son las fundamentales.

Si tomamos como referencia la división de la sociedad en grupos y clases sociales tenemos que los grupos dominantes, las élites de nuestro país, manejan la *cultura cultivada* (hegemónica), que les permite tener una identidad y una cohesión propias. Por contraposición a la cultura cultivada se encuentra la *cultura popular* que corresponde a los estratos marginados de la sociedad.

Con el desarrollo de los medios masivos y de sus potencialidades mercantiles e ideológicas, surge la *cultura de masas*, que pretende la homologación cultural con la finalidad de integrar a la población al mercado de consumo y transmitir una visión del mundo que favorece los intereses de ciertos grupos de los sectores dominantes, tanto a nivel nacional como internacional.

México, como nación, cuenta con un Estado corporativo que maneja una política cultural específica; según la coyuntura histórica coopta, favorece o reprime determinadas prácticas culturales. Al resultado cultural, fruto de esta política, lo vamos a denominar *cultura oficial*.

Por último, la década de los sesentas mostró las contradicciones del sistema capitalista a nivel mundial y tuvo por resultado una ruptura con la concepción de la cultura tradicional y el ejercicio de nuevas prácticas a las que se les denomina contracultura o *cultura alternativa*.

Así, tenemos cinco formas culturales diferentes que, en determinados momentos, se entremezclan y

se superponen unas en otras, se encuentran en una relación conflictiva. En este trabajo buscamos considerar a la cultura no como la simple suma de las cinco variaciones culturales mencionadas, sino como fruto de la interrelación orgánica de las diversas prácticas culturales. A continuación vamos a presentar un pequeño esbozo de cada una de ellas.

3.— FORMAS CULTURALES

Si hemos considerado a la cultura como cosmovisión que se materializa en prácticas sociales, la división que hemos hecho de la cultura no queda reducida al sistema de ideas sino que abarca la totalidad de las acciones y prácticas sociales que corresponden a las diversas posiciones que tienen los agentes en la gama de relaciones sociales. Veamos pues, a qué tipo de ideas y de prácticas nos referimos.

A. Cultura cultivada

Este tipo de cultura corresponde a los sectores oligárquicos; su saber está constituido por las humanidades utilizando un código de naturaleza cognitiva y estética, por lo que una parte importante que la caracteriza es el conocimiento y la apreciación artística. Son los partícipes de esta cultura los que crean los patrones del "buen gusto", de lo bello y de lo feo e imponen el criterio para la creación del modelo de hombre "cultivado".

Cultura limitada a una élite que posee la verdad sobre el hombre y el mundo. La *intelligensia* crea, las élites consumen con exquisitez y buen gusto, ya en salones privados, ya en museos o galerías, salas de concierto o de proyecciones.

La adquisición del código se realiza en las universidades, mas no en todas, en centros de cultura exclusivos donde se encuentra la *intelligensia* y en donde se

preparan los nuevos elementos que constituyen el aspecto central para su revitalización. De esta forma se logra crear la diferenciación entre el hombre culto y el inculto, entre la élite intelectual y la masa, entre la civilización y la barbarie, entre el hombre y el infrahombre.

Los teóricos defensores de la cultura cultivada, ante la crisis de la misma, buscan la solución dentro del ámbito universitario: la humanización de las ciencias, la multiplicación de prácticas culturales cultas. La salvación de la cultura se encontrará en el retorno a los modelos clásicos, a los valores universales, al reencuentro con el hombre culto. La cultura cultivada queda reducida a su aspecto espiritual, alejada de las relaciones materiales y sociales del hombre. Se deja a un lado la realidad cotidiana y se busca trascender en el campo del espíritu.

Pero la cultura cultivada requiere de creación y recreación para conservar su vitalidad; niveles de exclusividad que separan y proporcionan identidad de grupo, goce profundo que no sólo se manifiesta frente a la obra de arte sino que permea las prácticas cotidianas. La vida misma se transforma en obra de arte: las residencias, la comida, el vestido, la invitación social, se convierten en parte de una estética del vivir donde se manifiesta la belleza y el buen gusto.

La cultura cultivada se renueva continuamente en la búsqueda de nuevas formas de exquisitez, de buen gusto, pero siempre buscando elementos de diferenciación con la masa. La exclusividad del código, la disposición para crear y valorar las nuevas producciones del arte culto y el estar en contacto con experiencias de la alta cultura de países con alto nivel de desarrollo, todo ello aleja, a los partícipes de este tipo de cultura, de las masas.

En Latinoamérica, la carencia de identidad y de valoración de lo propio hace que las élites importen prácticas culturales de países y regiones consideradas supe-

riores, reforzando el proceso de dependencia cultural.

La *intelligensia* nativa, constituida por grupos cerrados que buscan complacer a las élites, depende del reconocimiento de las *intelligensias* extranjeras, las cuales imponen su código, su punto de vista, su modelo. Pareciera como si la imitación subordinada fuera el elemento rector, fruto de la inferioridad sentida. No se produce pensando en las diferencias existentes en las estructuras de significación de sociedades tan disímbo-las.

La burguesía y la *intelligensia* conforman una unidad contradictoria, ambas se necesitan para conformar la cultura cultivada, pero la segunda depende de la primera en un doble sentido: el económico y el ideológico. Para Morin, la *intelligensia* es "una clase desgarrada en una búsqueda ontológica existencial que aparece ya como búsqueda de la verdad, ya como búsqueda de la belleza . . ."10. A pesar de la dependencia, por el carácter contradictorio de esta relación, se generan conflictos que pueden poner de relieve cierto grado de autonomía en dichos actores culturales que, en un momento dado, pueden tomar la opción de ponerse al servicio de otros grupos sociales.

Si consideramos a la cultura cultivada como una cosmovisión que se traduce en prácticas cotidianas, tenemos que, por un lado, está constituida por prácticas simbólicas que resaltan el aspecto espiritual y humanista de la cultura y, por el otro, los portadores de esta cultura están insertos en la sociedad de consumo de acuerdo a cánones de las culturas cultivadas extranjeras.

Un problema que queda pendiente es la importancia de profundizar en las contradicciones existentes al interior de la cultura cultivada, en los diversos grupos que conforman sus portadores, en la unidad existente entre prácticas simbólicas y materiales, y en la relación conflictiva entre la burguesía y la *intelligensia* nacional.

Gran parte de los valores que contiene la cultura

cultivada son de carácter universal, aunque no están distribuidos en forma equitativa, ni los diversos sectores de la población poseen el código necesario para comprenderlos, gozarlos y vivirlos. Mientras existan sociedades divididas en clases, donde coexisten el lujo y la miseria, resulta imposible la democratización de dichas prácticas culturales. Aunque por la riqueza y universalidad de sus contenidos "la cultura cultivada es un bien soberano que la burguesía ha acaparado indebidamente y que se trata de restituir a todo el pueblo, y, en ese sentido, el error no consiste solamente en unidimensionalizar la cultura, sino en no ponerla en cuestión"¹¹.

B. Cultura popular

Por oposición a la cultura cultivada, la cultura popular se centra en la cosmovisión de los sectores marginados, de los grupos subalternos que buscan dar coherencia a sus vidas y justificar el lugar que ocupan en el mundo. Cultura que es fruto de la imposición de la ideología dominante que se presenta como negación de sí misma, de su interrelación con prácticas propias de estos sectores de la población. Fruto de la creación y recreación material y simbólica, estructurante de grupos étnicos, de campesinos, de sectores urbanos que han quedado al margen del desarrollo.

La cultura popular no constituye un bloque homogéneo, ya que lo popular tiene implicaciones étnicas, regionales y suburbanas y se materializa en formas múltiples: fiestas, rituales, representaciones, música, artesanía; en las prácticas que conforman su vida cotidiana y en su ruptura. Sin embargo, no podemos limitar el concepto de cultura popular a sus manifestaciones materiales, ya que implica una totalidad: una manera de entender el mundo e interactuar en él con una lógica propia que, muchas veces, rompe y contradice el esquema de la cultura hegemónica¹².

El dinamismo que tiene la cultura popular en nuestros días proviene, muchas veces, de factores ajenos: el contacto con el centro; la transición forzada del indígena y campesino al proletario; los medios de comunicación de masas, entre otros, dan también origen a nuevas formas culturales, fruto del nuevo papel que la sociedad ha impuesto a dichos grupos.

Al hablar de cultura popular no podemos tomar como referencia, por ejemplo, juicios estéticos sobre sus manifestaciones artísticas o criterios de verdad o cientificidad sobre el cúmulo de los conocimientos que poseen estos sectores, porque no tendría validez alguna, ya que, como planteamos, la cultura es una forma —tanto simbólica como material— de relación con el mundo que sirve como medio para dar sentido a la existencia. Por esto, hablar de belleza, de fealdad, de gusto, de saber acumulado, no tiene cabida.

Lo popular existe y seguirá existiendo mientras la sociedad se encuentre dividida en grupos y clases sociales asimétricas, por tanto, lo popular no está desapareciendo como buscan afirmar algunos, más bien se está transformando en un proceso paulatino impuesto por la misma dinámica social. Aún quedan residuos de culturas ancestrales, mezcla del mundo prehispánico y colonial; estas culturas, como tales, se encuentran en vías de extinción. El turismo, la necesidad del sistema capitalista de irrumpir en todos los espacios nacionales, la imposibilidad de aislamiento, han acelerado la ruptura. Baste recordar el día de muertos en Janitzio o la Pasión de Ixtapalapa, donde se han convertido al ritual y la fiesta en espectáculos¹³.

La migración del campo a la ciudad también provoca una ruptura. El nuevo proletario necesita cambiar sus antiguas estructuras de significación, sus códigos, valores y conductas. Sus formas culturales originales pierden sentido en el nuevo entorno; ahora tiene que justificar y dar sentido a una nueva forma de vida. El

vecindario sustituye a la comunidad; la fiesta de quince años a la festividad religiosa; la máquina al arado y al machete; la televisión, pagada en abonos, ocupa un lugar central en la microvivienda.

Este cambio, parcial o total, de la manera a través de la cual el hombre se relaciona con su entorno, está poco estudiado pero tiene una importancia vital para entender el significado de la cultura popular y la sustitución de prácticas en un proceso de adaptación a diferentes condiciones de vida, la creación de nuevas formas, de nuevos contenidos, o bien, la anomia.

¿Qué significa la pandilla para el muchacho proletario? ¿Qué significa la telenovela para la señora? Y ¿el enfrentamiento con la máquina para el nuevo obrero? ¿Cuáles son los rasgos más característicos de la nueva identidad? ¿Qué nuevo sentido han logrado dar a su existencia?

Monsiváis considera que "el desarrollo capitalista eclipsa de la memoria colectiva costumbres y creencias que se pensaban inmutables. No hay forma de arraigar a los trabajadores y a sus familias (. . .) Sin arraigo, muchas tradiciones no se renuevan, se modifican las visiones parciales, y las masas se descubren paulatinamente vacías de ese sentido urgente de la historia que normó sus relaciones con el poder"¹⁴.

El conocimiento de la cultura popular es bastante incipiente. Ha sido más fácil negar la existencia de la cultura popular que preocuparnos por buscarla, por encontrar aquellos elementos que dan sentido a la vida de tantos millones de personas que no se han extinguido, sino que son fruto de un sistema que los ha orillado a abandonar su lugar de origen y a buscar nuevas formas de comunicarse, de vestirse, de alimentarse, de ser y estar en el mundo.

Aún es oscura la delimitación del significado que tiene, en el nuevo contexto, la cultura de origen, la cual muchas veces es negada para poder incorporarse a la

nueva situación. Se elimina el sombrero, el rebozo, las blusas bordadas y son sustituidos con pantalones vaqueros, con la playera impresa con la cara de la artista de moda; se escucha el rock, las caras se maquillan y los huaraches y sandalias se sustituyen por enormes tacones. ¿Cuáles son las nuevas prácticas simbólicas? ¿Sus nuevos rituales? ¿Hasta qué grado encuentran sustitutos a los elementos culturales que esconden o que buscan dejar en su lugar de origen? ¿Es posible la recuperación cultural y para qué? Las interrogantes que nos podemos plantear son múltiples y muestran el desconocimiento que tenemos acerca de la cultura popular.

C. Cultura de masas

La segunda mitad del siglo XX se caracteriza por el auge de la cultura de masas. es un siglo de grandes transformaciones económicas, políticas y culturales. En este último ámbito, por primera vez en la historia del hombre, la cultura es acaparada, creada y planificada por instituciones especializadas y el público es masivo.

Los elementos de la cultura tradicional son degradados, se les considera anacrónicos y se piensa que son el principal obstáculo para la modernidad y el desarrollo. Las sociedades periféricas, por sus mismas características intrínsecas, se convierten en consumidoras de productos culturales elaborados en países industrializados. La carencia de una tecnología apropiada y de recursos destinados a la elaboración y circulación de bienes culturales tiene por consecuencia el traslado de la dependencia económica al ámbito de la cultura. Las agencias noticiosas, las agencias de publicidad, la tecnología necesaria, las películas cinematográficas, programas de televisión, editoriales, revistas, historietas, etc., son, en su mayoría, propiedad de compañías extranjeras que distribuyen sus productos culturales en

los países más atrasados.

El proyecto modernizador, proyecto de desarrollo vigente en el país desde la década de los cincuentas, vio en los medios masivos los instrumentos modernizadores por excelencia. La cultura tradicional era considerada como un obstáculo para la expansión del sistema capitalista transnacional, de aquí que se buscara la transformación cultural de las sociedades atrasadas con el fin de abastecerse de mano de obra calificada y de consumidores.

La cultura religiosa y la cultura nacional, puntales de la tradición y de la cohesión interna de las sociedades periféricas, tomaron un nuevo matiz. "La cultura de masas con su radical confusión de planos que mezcla culturas religiosa y nacional en las modalidades más diversas y con los asuntos más variados en una trivialización absoluta o carencia de referentes comunes, de valores trascendentes a los individuos como no sean aquellos que tienen que ver con el dinero y su fecundidad"¹⁵.

Con la cultura de masas se introducen nuevos valores, un nuevo modo de ver al mundo y de aproximarse a él, una cantidad de información que sustituye la cualidad de la misma. Los héroes nacionales y religiosos se sustituyen por personalidades del "star system"; la realidad nacional se compara con el imaginario transmitido, donde el bien siempre triunfa sobre el mal, en una visión maniquea del mundo. El público busca acercarse al mundo del orden y la armonía, vivir acorde con los cánones del modo de vida norteamericano. Se produce una ruptura y el hombre queda desfazado de sí mismo y de su entorno.

El sistema capitalista requiere de un público homogéneo para expandir su mercado de consumo y ofrecer productos culturales estandarizados. Se busca la creación del hombre ahistórico, cuyas características, como consumidores de mercancías, sean similares en

sociedades diversas. De esta forma, hombres y mujeres pertenecientes a sociedades europeas, latinoamericanas, africanas y asiáticas pueden adquirir el mismo tipo de bienes de consumo para satisfacer sus necesidades, reales o construidas. Los medios de comunicación “se empeñan en transformar las diferencias cualitativas, es decir: humanas, en uniformidades cuantitativas. Los métodos de la producción en masa se aplican también a la moral, al arte y a los sentimientos”¹⁶.

Esta masificación o “democratización” de la cultura no sólo implica la transmisión de una forma degradada de cultura superior aunada a la generación de necesidades estandarizadas, sino que también busca generar la aceptación, por parte de los receptores, de un sistema de ideas, valores y formas de percibir el mundo que tienden a legitimar y reproducir el orden social existente. Los medios de comunicación se convierten en instrumentos de poder; su capacidad de introducirse en el campo de la conciencia y materializarse en prácticas de la vida cotidiana del hombre, se diluye bajo la máscara del entretenimiento.

En el contexto de las culturas nacionales los medios de comunicación han actuado como elementos desintegradores que provocan una ruptura con la cosmovisión y prácticas subsecuentes que proporcionaban sentido a una comunidad determinada. Esta cultura, fruto de la historia, pretende ser eliminada y sustituida por una cultura ofrecida a través de los medios de comunicación y que corresponde —debido al carácter dependiente de los medios en nuestro país— a otra realidad socio-cultural.

En parte, esta posibilidad de enfrentamiento entre realidades tan diversas permite al hombre la posibilidad de soñar con entornos menos hostiles, donde la problemática planteada adquiere solución dentro de la trama de los diversos géneros; se logra provocar una ruptura con la vida cotidiana del espectador. Los medios se

nutren de lo cotidiano y lo transforman en temática del espectáculo proporcionando soluciones y desenlaces ficticios. El amor, la violencia, la muerte, aspectos fundamentales en la vida del hombre, quedan reducidos a materia prima del entretenimiento.

Los medios de comunicación influyen sobre el público a través del frecuente contacto con los mismos; son instrumentos de poder que tiene la potencialidad de manejar la opinión pública, transformar determinados valores y actitudes, hábitos cotidianos, formas de relación del hombre con su entorno.

La publicidad vende status; la leche se sustituye por cocaola; los elotes y jícamas por gansitos, churrumáis y papas fritas. Su mensaje de "compra . . . y serás . . ." tiene una finalidad económica: la aceleración del proceso de circulación de mercancías y, por tanto, de concentración de capital y una finalidad ideológica: la introyección de modelos y de maneras de ver el mundo y de vivirlo.

Las mujeres lloran con las telenovelas, se identifican con las protagonistas, aman y odian a los interlocutores. Los señores miran el futbol realizando un coito imaginario con la rubia de categoría. Los niños se convierten en superhéroes y apoyan a soldados del cuerpo de infantería norteamericano en sus acciones bélicas. Los modelos se imponen: tez blanca, bien parecidos, bien vestidos, rodeados de comodidades; todo esto en contraste con la realidad que vive la mayoría de los espectadores nacionales.

La apatía, la pasividad, la despolitización y la reducción de la actividad de la conciencia es el precio que tenemos que pagar por la inserción de medios de comunicación comerciales en nuestra vida cotidiana. La cultura de masas ha buscado la fusión entre lo real y lo imaginario y una homogeneidad que traspasa las fronteras nacionales y que inserta al país dentro de un circuito transnacional. Pero, la cultura de masas "no es

sólo un conjunto de objetos sino un 'principio de comprensión' de unos nuevos modelos de comportamiento, es decir, un modelo cultural"¹⁷.

D. Cultura oficial

Desde el momento en que las diversas naciones latinoamericanas vivieron sus respectivos movimientos de independencia se vieron en la urgencia de crear una cultura que sirviera como base de identidad y cohesión nacional. En este proceso de búsqueda de significados de nación se copian modelos extranjeros provenientes de las nuevas metrópolis, para encontrar lo propio.

El siglo XIX se caracterizó por la lucha entre liberales y conservadores por crear un proyecto de nación; lucha que se transmitió al campo de la cultura. Los intelectuales luchaban por la creación cultural de una nación que correspondiera a su filiación política y buscaban influir en el pueblo, dándoles una educación moral y patriótica. Su finalidad era la transformación cultural y la emancipación mental siendo la educación el medio a través del cual el pueblo se iría adaptando a la libertad, al progreso, a la civilización y así se podría lograr una nueva cultura adecuada a la libertad recién lograda. Comte y Spencer se introdujeron en el pensamiento latinoamericano: orden y progreso, educación científica y conformación nacional. Se pretendía crear hombres prácticos y capaces para seguir el camino trazado por las naciones sajonas. En nombre del progreso la élite que estaba en el poder se justificaba. Lo propio se convertía una vez más en imitación frustrada.

El siglo XIX exigía el desarrollo de una conciencia cultural ligada a la idea de nación, pero el problema estaba en la coexistencia conflictiva de diversos proyectos nacionales y en los medios utilizados para lograr la cohesión interna. Héroes nacionales, estatuas, himnos patrióticos y festividades, aunados a ideas de pro-

greso y civilización formaban parte de la poesía y de la novela, de la educación y de la ciencia. Se buscaba integrar al pueblo a los diversos proyectos nacionales por medio de la educación: la enseñanza de la lectura y la escritura eran un instrumento para eliminar la barbarie y el vehículo para inculcar una idea de nación y un sentimiento de patria.

Al mismo tiempo que se daba la pugna entre liberales y conservadores, entre centralistas y federalistas, se buscaba conformar una nación independiente. Siglo de sueños y utopías; la búsqueda constante de lo propio que reflejara nuestro ser y nuestro sentir (nacionalismo), coexistía con la influencia de modelos extranjeros (cosmopolitanismo). Había grandes tensiones entre la definición de lo propio, la negación de ciertos elementos y el modelo que implicaba insertarse en el mundo, en la modernidad.

En las últimas décadas del siglo pasado y los primeros años del presente siglo, el gobierno de Díaz se caracterizó por contar con una élite política e intelectual cuyo parámetro de pensamiento y acción era el modelo europeo; tenían fe en el progreso: ferrocarriles, fábricas, inversión extranjera y obras de infraestructura. La cultura oficial se empezó a alejar de las masas e imitó modelos provenientes de la cultura inglesa y francesa; el punto de cohesión era el propio Díaz.

Posteriormente, se rompió la unidad porfirista. En 1910 irrumpió la revolución y con ella el caos y la anarquía; una vez más las masas se hacían presentes en la historia de México. La Revolución brindó al Estado una forma ideológica que constituía la base de su legitimidad a la vez que proporcionaba los cimientos para una nueva definición de nación y de cultura.

La cultura oficial tomó la bandera de la Revolución Mexicana; aunque no ha existido una política cultural coherente con dichos postulados, sino que ésta

se va definiendo conforme se presenta el momento histórico; así, "la función de la 'cultura de la Revolución Mexicana' ha sido, las más de las veces, ir legitimando al régimen en turno aportando una atmósfera flexible y adaptable a las diferentes circunstancias políticas"¹⁸.

Solamente dos excepciones a lo anterior: la política cultural vasconcelista que logró implantar un plan global que abarcó campañas para erradicar el analfabetismo, misiones culturales, difusión y promoción artística, amplió la cultura al ámbito latinoamericano, fomentó las artesanías e impulsó el muralismo. Con Cárdenas se intensificó y se dio mayor coherencia al proyecto cultural revolucionario: se implantó la educación socialista encaminada a la creación de una conciencia nacional y proletaria, se fundaron las organizaciones populares y las milicias obreras, se empezaron a utilizar los medios de comunicación con una finalidad cultural y de servicio y el anti-imperialismo se convirtió en una bandera de cohesión interna e identidad cultural.

Sin embargo, la cultura oficial promovida desde la cúspide del poder político ha servido como fundamento importante para su legitimidad: juega con las diversas manifestaciones culturales, apoya a unas, rechaza a otras e incluso tiene el poder de cooptarlas. Las diversas instituciones gubernamentales dedicadas a la creación, conservación y difusión cultural han variado enormemente sus funciones según el tipo de cultura que busque apoyar el régimen en turno. Baste revisar las diversas políticas culturales derivadas del Instituto Nacional Indigenista o del Instituto Nacional de Bellas Artes o bien de los diferentes centros encargados de los medios de comunicación masiva, para ver los cambios de acciones y políticas de apoyo a las diversas manifestaciones culturales que coexisten en el país.

El avance que logró "la cultura de la Revolución Mexicana" fue que "reconoció orígenes contrahechos; indígenas, mestizos todos conformando una nueva

nación. Sin embargo, no logró desprenderse del añejo sentimiento de la cultura como actividad de excepción y no como cotidianeidad. La cultura son colecciones editoriales, muy bien cuidadas, con tirajes irrisorios en comparación de otros tirajes que avergüenzan por su contenido. Ese es el hijo reconocido: la orquesta a punto de consagrarse, la multiplicación de universidades sin maestros formados, los excelsos museos sin público. La cultura como acontecimiento y no como cotidianeidad”¹⁹.

Sin embargo, buena parte del desarrollo de las diversas manifestaciones culturales del país se ha realizado gracias al apoyo del Estado. Este apoyo a determinado ámbito de la cultura ha dependido de las diversas coyunturas históricas y de los grupos de presión que se encuentran dentro y fuera del propio Estado. Este carácter mediador de la cultura oficial introduce en su interior una serie de contradicciones que tienen por resultado la falta de una política cultural coherente y que tenga continuidad a través de los diversos regímenes presidenciales.

E. Cultura alternativa

El siglo XX ha presentado un continuo cuestionamiento a la cultura cultivada y a la dominación cultural. El dadaísmo, el modernismo, el surrealismo, entre otros, fueron ejemplo de las primeras décadas. La década de los sesentas es testigo de otro impulso del movimiento impugnador: el arte para todos. El parque, la calle, la plaza se convirtieron en el escenario de la nueva cultura. Se cuestionaron instituciones, valores, cánones y surgió un nuevo impulso cultural.

Las prácticas culturales alternativas han existido siempre. La historia de nuestro país presenta un sinnúmero de ejemplos de lo anterior como fruto de la impugnación a los sistemas de dominación cultural. Baste

recordar el cimarronaje y la cultura de patio como respuesta a la esclavitud; los mecanismos de comunicación y de organización que antecedieron al movimiento de Independencia, la prensa y el teatro promovidos por los hermanos Flores Magón; los corridos revolucionarios, etc. Estas formas alternativas estaban limitadas a pequeños grupos y actuaban en forma marginal.

La difusión más amplia del término "alternativo" se realizó en la década de los setentas, momento histórico en el cual se pusieron en tela de juicio diversos aspectos del sistema y se planteó la posibilidad de su transformación. La crítica a las diversas instituciones y a los valores que sustentaban, presentados anteriormente como inmutables, tuvieron efectos en la sociedad. En los diversos ámbitos de la vida social se empezaron a generar nuevos espacios y a reconsiderar otros —previamente existentes— que se concibieron como gérmenes de transformación de la sociedad.

La base de esta transformación la constituía, principalmente, el cambio en las reglas del juego de las relaciones sociales; se pretendía eliminar las relaciones de explotación, de dominación y de subordinación existentes en las diversas instituciones sociales y sustituirlas por relaciones más humanas y horizontales.

Algunos espacios familiares, escolares, religiosos, artísticos y laborales empezaron a sufrir cambios en su organización interna. La estructura patriarcal y autoritaria de la familia tradicional se empezó a tambalear; el maestro, como autoridad que monopoliza el saber y el conocimiento, fue puesto en cuestión por la educación activa y la educación liberadora; la religión dejó de mirar al cielo y se empezó a involucrar en los problemas terrenales de los sectores más desfavorecidos; las diversas manifestaciones artísticas salieron de los museos, de las galerías, de las salas de arte y tomaron las calles; también surgieron nuevas formas de enfrentar el trabajo: grupos comunitarios, la autogestión en talleres y

centros de trabajo, las comunidades autosuficientes, las cooperativas.

La cultura alternativa de los sesentas y setentas enmarcó el cuestionamiento del papel del intelectual en la vida social del país. Décadas que dejaron huella en el ámbito de la cultura y que transformaron tanto el ambiente intelectual como la vida cotidiana de algunos sectores de la población. La cercanía de la Revolución Cubana, el proceso de radicalización de algunos grupos, la consolidación del movimiento guerrillero, los golpes militares y la agudización de las contradicciones internas de los diversos países, sacudieron la conciencia de gran número de actores culturales y los condujo a un compromiso con la realidad social y política y con la creación de nuevas formas sociales de significación.

Se cuestionaron los códigos, los estilos y los contenidos; las obras culturales ampliaron sus públicos al adecuarse a las condiciones sociohistóricas del momento. El artista, el escritor, el dramaturgo, el músico, todos ellos empezaron a aceptar su responsabilidad política y a buscar incidir en la realidad cotidiana de su público —que ciertamente dejó de estar constituido por las élites. La impugnación, la resistencia, la crítica y la propuesta constituyeron la materia prima de estas formas culturales que, en última instancia, buscaban coadyuvar en la creación de una sociedad más justa e igualitaria.

En la década de los setentas proliferaron experiencias que se basaban en los supuestos anteriores. Pero, los setentas quedaron atrás y los ochentas nos embarcamos en una crisis sin precedentes que empezó a arrasar con sueños y utopías: recortes presupuestales terminaron con experiencias generadas en el sector gubernamental, gran número de fundaciones extranjeras dejaron de prestar ayuda a proyectos concretos, imperó la dificultad de encontrar financiamientos. El cambio social y la transformación radical de las estructuras se convirtieron

en un sueño, la crisis se convertía en pesadilla.

José Joaquín Blanco nos dice al respecto que "entre la multitud de cosas que la crisis va barriendo, o que ya barrió, está la cultura de una década: la contracultura de los sesentas que nos llegó en los setentas, y que cundió y prosperó en medios juveniles, artísticos e intelectuales, en las universidades, y en no tan escasos —aunque desde luego minoritarios— sectores de la clase media urbana"²⁰.

Sin embargo, la crisis ha traído consigo nuevos procesos y formas culturales; pero pensamos que es demasiado pronto para ver los efectos de los cambios culturales que se han producido en los últimos años ya que, muchos de ellos, aún constituyen procesos que están en gestación.

CONCLUSIONES

En este trabajo intentamos brindar algunos elementos para entender un poco más el significado de la cultura. Hemos conceptualizado a la cultura nacional como la interrelación orgánica de diversas formas culturales que influyen en la conformación de las visiones del mundo. Las visiones del mundo que coexisten en determinado espacio nacional responden a una génesis histórica conflictiva y a la convivencia de elementos simbólicos de carácter diverso que se traducen en prácticas cotidianas con una existencia real en el individuo concreto y en los diversos grupos, sectores y clases sociales.

Esta estructura de relación entre formas culturales diversas, varía según el momento histórico y la estructura de poder vigente, ya que estos aspectos determinan, en buena medida, la legitimidad y la promoción de determinados elementos y formas, en detrimento de las otras. Es en esta interrelación cultural donde se genera la creación de determinadas estructuras de significación válidas para individuos y grupos, en determinado

momento. Estructuras que tienen un carácter dinámico que propician que los hombres den sentido a su vida y justificación a su existencia.

Esta interrelación de elementos y formas culturales diversas, que manejan códigos y significados diferentes, nos permite una comprensión más global del fenómeno de la cultura y nos muestra la complejidad del problema.

Notas y referencias bibliográficas

- 1 MORIN, Edgar. "El Sistema Cultural". México, Mimeo, s/f, p. 1.
- 2 GIMENEZ, Gilberto. "Para una concepción semiótica de la cultura". Mimeo. s/f., p. 1.
- 3 GALEANO, Eduardo. *Las Venas Abiertas de América Latina*. Siglo XXI. México, 1978, p. 31.
- 4 SAHAGUN, Bernardino en Alejandra Moreno Toscano. "El Siglo de la Conquista" en *Historia General de México* Tomo II. México, El Colegio de México, 1977, p. 50.
- 5 Ver DE LA MAZA, Francisco. *El Guadalupanismo mexicano*. México, Fondo de Cultura Económica, Col. Tezontle, 1981.
- 6 ZEA, Leopoldo. *El Pensamiento Latinoamericano*. México, Ariel, 1976, p. 28.
- 7 GIMENEZ, Gilberto. Op. cit. p. 29.
- 8 Ibid, p. 29.
- 9 GOLDMANN, Lucien. *La creación cultural en la sociedad moderna*. Barcelona, Fontamara, 1980, p. 42.
- 10 MORIN, Edgar. Op. cit. p. 7.
- 11 Ibid. p. 17.
- 12 Ver GONZALEZ, Jorge. "Cultura(s) Popular(es) hoy" en *Comunicación y Cultura* No. 10. México, UAM-X, agosto de 1983.
- 13 Para ver cómo se ha transformado la cultura popular en algunas comunidades de Michoacán, consultar a GARCIA CANCLINI, Néstor, *Las culturas populares en el capitalismo*. México, Nueva Imagen, 1982.
- 14 MONSIVAIS, Carlos. "Penetración Cultural y Nacionalismo" en el Suplemento Sábado. *Uno más Uno*. México, s/f., p. 4.
- 15 PRIETO, Francisco. *Cultura y Comunicación*. México, Premiá Editora, Col. La Red de Jonás, 1984, p. 14.
- 16 PAZ, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 181.
- 17 BARBERO, Jesús Martín. "Memoria Narrativa e Industria Cultural" en *Comunicación y Cultura* No. 10. México, UAM-X, 1983, p. 59.

18 MONSIVAIS, Carlos. "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX" en *Historia General de México* Tomo IV. México, El Colegio de México, 1977, pp. 307-308.

19 REYES HEROLEZ, Federico. "Los desconciertos de fi-

nal de siglo" en *La Jornada Semanal*. México, 24 de noviembre de 1986, p. 3.

20 BLANCO, José Joaquín. "¿Nos fuimos con los setentas?" en *La Jornada Semanal*. México, 16 de enero de 1986, p. 1.